



Jonás y la llamarada

Hoy es de esos días en los que necesito especialmente escribir. Necesito verter mis sensaciones y sentimientos en este depósito virtual que me acompaña desde hace años. Necesito alimentarme para continuar peregrinando hacia el encuentro con lo inefable que reside en mí.

Mientras escucho el Canon de Pachelbel y agradezco nuevamente a "LO INNOMBRABLE" el milagro de la vida y de poder escribir estas letras, recuerdo todas "las llamadas" que he recibido a lo largo de toda mi vida y, que en los momentos más inesperados, han provocado en mí diversos cambios de percepción y de comportamiento duraderos. Después de todo el tiempo transcurrido creo que se trata de experiencias extraordinarias o especiales que todos los humanos tienen una o varias veces en su vida, experiencias que para mí son realmente "llamadas" de reconocimiento y consuelo, así como de acogida, esperanza y paz total sin atributos.

Tengo claro que esas "llamadas", son algo parecido a lo que diversos psicólogos han etiquetado como "experiencias cumbre" (Maslow) o "experiencias de flujo" (Csikszentmihalyi), pero creo también que se trata de experiencias espirituales, que aunque obviamente no dejan de ser psicofísicas, no por ello están menos dotadas de misterio, milagro y conciencia de lo inefable. Es obvio entonces que dichas experiencias proceden de mi propio interior, es decir, de mi cuerpo, de mi mente racional y sentimental, así como de un contexto situacional determinado. Es decir, que cualquier persona las puede tener o producir, sin embargo eso no quita nada a mis percepciones y emociones de sorpresa, misterio, significatividad y sobre todo de gozo, sosiego y una paz interior indescriptible.

No puedo negar que siempre, a lo largo de toda mi vida, he estado buscando y lo sigo haciendo, respuestas a las preguntas existenciales que todo humano se ha hecho alguna vez, es decir, ¿Quién soy? ¿Qué hago aquí? ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Qué puedo saber? ¿Qué puedo esperar? ¿Tiene la existencia humana y mi propia existencia algún sentido? ¿Por qué existe el dolor y el sufrimiento? ¿Qué puedo hacer frente a la enfermedad, la vejez y la muerte?, etc. He buscado por diversos caminos y ahora me doy cuenta de la vanidad que he acumulado, vanidad que incluye la creencia de que soy alguien especial cuando en realidad no lo soy, pero no puedo evitar escribir, aunque esto tenga un punto de apego a esta sensación de autoconsuelo e incluso de egocentrismo, pero necesito expresarme, primero para

hablar conmigo y si después "cae la breva" de que alguien lo lea, pues magnífico. Aunque a decir verdad, todo esto puede ser el fruto de un trastorno mental transitorio de una mente que no acaba nunca de parlotear salvo en aquellas ocasiones en las que consciente y voluntariamente me decido a meditar o simplemente a parar y borrar todo.

Pero lo cierto es, que estas experiencias o "llamadas" son al mismo tiempo "llamaradas" dado el impacto mental y emocional que me producen.

Reconozco, siento y experimento que desde niño me están llamando, me están hablando y de que hay un fuego interno inextinguible que fluye permanentemente en mí en todas las circunstancias. Es una sensación extraña, es como si alguien guiara mis pasos, pero dejándome completamente libre y de vez en cuando me dijera "ven por aquí", "mira lo que hay", "observa, concéntrate", "estudia, investiga y después actúa" "tú puedes hacerlo" "atrévete" "¡hazlo!" "¡lucha!" "¡pelea!" Y así efectivamente desarrollé los diferentes papeles que el personaje demandaba en cada circunstancia desde el "buen hijo" (aunque desobediente, caprichoso y necesitado) hasta el "político honesto" (torpe, ingenuo e impulsivo) pasando por los diversos "buen padre" "buen esposo" "buen profesor", "buen enfermo", "ejemplar ciudadano", etc, cada uno con sus paréntesis de errores y excepciones.

Pero esta vez estoy frente a mí mismo y ya tengo una edad en la que esos personajes o máscaras ya no me dicen absolutamente nada de mí mismo, sencillamente porque me estoy dando cuenta de que se me están agotando todos los papeles y el final de la función está cerca. Una conciencia que estoy adquiriendo porque veo como varios amigos y amigas han emprendido ya el último viaje de "vuelta a casa" y desde luego tengo el propósito de irme preparando para este acontecimiento, preparación que consiste básicamente en abandonar todas las mochilas y papeles en la obra de teatro que es la vida. Ya participé y jugué todos los campeonatos y libré todas las batallas y ahora solamente me queda la que todavía no acabo de librar en serio "la batalla de mí mismo", en la que ya no me sirven las máscaras, los papeles, los teatros, las carreras y las vanidades.

Esto se está terminando y ya no puedo seguir así. Por eso ahora la llamada que siento, sobre todo a partir de esta mi segunda vida no es solamente una llamada, sino "**una llamarada**" repleta de colores de esperanza y alumbradora de sorprendentes visiones capaces de extinguir cualquier miedo, incluido el de la muerte. Es como una especie de pregunta que me dice "¿Todavía necesitas más pruebas para asumir el riesgo de ser tú mismo con plenitud?" "¿A qué esperas para aceptar la misión que tú sabes que debes y puedes hacer?" "¿Acaso no sabes que te he acompañado siempre?" "No sufras más y atrévete a seguir el Camino, la Verdad y la Vida" resuena la Voz en mi interior, siendo plenamente consciente de que ese Camino, esa Verdad y esa Vida es algo que no se consigue con religiones, iglesias y doctrinas, sino con la confianza radical en que cada ser humano puede y debe encontrarlas sin necesidad de intermediarios, ni de profesionales del sacerdocio religioso o laico- Y realmente esto

es muy fuerte para mí porque me retrotrae a mis primeras experiencias místicas antes de que optase por formar una familia y construir mi propia historia.

Me siento pues como Jonás. Tengo miedo y prefiero huir a Tarsis en vez de seguir las orientaciones internas de marchar a Nínive, pero en esta huida me estoy dando cuenta, que al igual que Jonás, estoy provocando tempestades, dolencias, sufrimientos y males, porque realmente muchas veces no estoy bien y estoy de alguna manera contaminando todo lo que me rodea de ese "no estar bien".

Pero ya no puedo seguir huyendo y ante mí se abre, incluso sin haberlo pretendido, un tiempo de paz y esperanza, SÍ, SÍ, así lo siento, un tiempo de paz y esperanza, de serenidad y sosiego, de aceptación y alegría sin arrepentimiento porque todo lo que dije e hice valió la pena en aquel momento. Sin embargo esto me provoca un sentimiento de profunda soledad, silencio y aislamiento, que me aleja también muchas veces del ruido exterior y que me permite descubrir también el ruido interior que yo mismo provoqué y contamina. Necesito pues prepararme, para asumir el riesgo de ser yo mismo plenamente haciendo frente así a esa "**normosis**" esclerótica, paralizante y negadora de las infinitas posibilidades de la vida, pero prepararme, aceptando completa y totalmente que nada puedo cambiar que no pase por el centro de mí mismo abrigado por la luz y el calor de esa "llamarada" que desde niño mantengo encendida.

Mis enfermedades, aunque a los ojos de los demás pueda parecer otra cosa, son entre otras, la "normosis", la "vanidad", la "ira", la "soberbia", y, aunque casi todas las tengo ya identificadas y sé de dónde proceden, tengo que seguir trabajando en su curación porque en cualquier momento vuelvo a tener ataques.

En cuanto a la "**normosis**", también padezco de esa patología que me ha hecho aprender e interiorizar que lo más importante en la vida es hacer aquello que los demás esperan de nosotros porque solamente así recibiremos aplausos, admiración, cariño, reconocimiento y éxito. A veces creo que ya es tarde para mí y confieso que me siento en esas ocasiones cansado, muy cansado de hacer siempre lo que se espera de mí y de escuchar lo que siempre me han parecido idioteces. Y es que en realidad mi más íntimo deseo es volar, es profundizar en la investigación y en el disfrute de la paz interior, es decir, prepararme para el último viaje sabiendo que no puedo emprenderlo hasta que el Señor de la Vida y el Universo no decida y evalúe si he cumplido o no la sagrada misión por la que estoy aquí, porque realmente, profundamente creo que tengo una misión sagrada, que tiene exactamente el mismo valor que la de cualquier otro ser humano, aunque unos se den cuenta y otros no.

Tengo pues que hacer frente a mis miedos y uno de esos miedos, como muy bien me recuerda Leloup es el miedo a amar plenamente y el miedo al ostracismo, el miedo a ser condenado como traidor y expulsado del círculo de las personas que me consideran con buena imagen social o con buena reputación. Una vez más los papeles del personaje me aprisionan en el escenario del teatro de la vida. Es el miedo a ser diferente y a ser rechazado en razón de esa diferencia.

Es el miedo al exilio, a ser definitivamente catalogado como loco, ególatra, traidor, individualista y asocial, porque en realidad tengo la sensación de que ya me

perciben así hace tiempo y por tanto me muevo en ese desequilibrio porque necesito también de seguridad, compañía, protección y cariño. Pero Leloup me dice y le creo, que la única seguridad posible es aquella que se desarrolla en base al hecho de volverse uno consigo mismo, de volverse uno con los deseos más íntimos y si renunciamos a eso, surgirá dentro de nosotros una fuente de disturbios y dolencias, no solamente para nosotros sino también para todas las personas con las que convivimos. ¿No es acaso esto lo que me viene sucediendo desde que vi aquella luz al fondo del túnel?

Me habla Leloup y me dice que la liberación de lo conocido reclama mucha valentía y naturalidad, porque el miedo a no ser como los demás desencadena el miedo de conocerse a sí mismo y esto que le pasa a Jonás, es lo que creo que me sucede a mí: tengo miedo de ser diferente porque esa diferencia es realmente lo que soy. Tengo miedo en definitiva a ser plenamente auténtico a quitarme completamente todas las máscaras que he ido usando a lo largo de mi vida y quedarme finalmente desnudo, limpio, transparente abandonando así toda ansiedad, toda ambición, toda competencia y toda necesidad de hacer algo, dejando todo en manos de la Vida, del Universo o de la voluntad de Dios. Sería como perder esa imperiosa necesidad que a lo largo de toda mi vida me ha acompañado: la necesidad de tener razón, de demostrar que conozco o sé algo, la necesidad de sentirse distinguido y diferenciado respecto a los demás, la necesidad de quedar bien, de que me aprecien y valoren positivamente.

Necesito pues preguntarme, a pesar de mis años, a pesar de mis circunstancias, a pesar de mis limitaciones... necesito hacerme las preguntas de Leloup: «...¿Qué es lo que tengo que hacer que nadie puede hacer por mí? ¿Cuál es la forma exclusiva, única, a través de la cual el Logos, la Inteligencia Creativa se encarna en mí? ¿Cuál es mi propia forma de ser inteligente? ¿Cuál es mi forma particular de amar, encarnar y manifestar el amor en el mundo?... Jonás huye de lo que podrá conducirle a sí mismo... No huir del propio desarrollo y no caer en el conformismo patológico o **normosis** es el resultado de un proceso, de una elección cotidiana. El hecho de ir más allá de sí mismo, ir más allá de las propias posibilidades, no es para perderse sino para encontrarnos. Es entrar en contacto con el ser humano noble, con el ser humano sagrado, con la dimensión espiritual en cada uno de nosotros...»

Es necesario entonces que camine mucho más allá de la justicia, mucho más allá de la ley del karma y comprender que para acercarme a lo sagrado, para saborear lo divino que hay en mí, no basta con aceptar las consecuencias agradables o desagradables de mis actos, tengo que ir, debo llegar más adentro, más al fondo para considerar que descubrir y amar al Dios que hay en mí, que hay en ti y en todo ser humano es algo que vale realmente la pena sentir y experimentar. Y esto no consiste en convertirse en un santo, o en una santa, o en profesar una religión y participar en sus cultos, sino sencillamente "tener paciencia infinita, ya sea por nosotros mismos o por las demás personas" . ¡Qué alegría leer y saborear esto! Porque esto es exactamente lo mismo que Buda hacía, aprovechar cada minuto de su existencia, incluyendo los más amargos y atribulados, para aprender y dar gracias por la

posibilidad ofrecida. Un insulto o un daño que alguien te infringe, o un error, o una dificultad puede convertirse en una magnífica oportunidad para aprender paciencia, calma, serenidad, bondad y compasión.

Y esto es lo mismo que el mensaje de Jesús cuando nos dice "*Amad a vuestros enemigos y bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os odian y orad por los que os ultrajan y persiguen*" (Mt. 5: 43-45) algo que no puede aceptarse bajo los criterios de la "*normosis*" y que si adoptas esa actitud pues obviamente serás considerado loco, lunático, excéntrico o imbécil.

¡Qué alegría leer a Leloup y sentir en mis carnes su expresión de que la espiritualidad consiste en "*dar un paso más*" que es el mismo mensaje del peregrino de Compostela! (76) porque "*la vida espiritual no siempre consiste en tener grandes ideas y maravillosos proyectos sino en dar un paso más a partir del punto donde nos encontramos. No tenemos que compararnos con nadie (...) Tenemos que escoger entre una vida perdida y una vida escogida y donada, A través del don de nosotros mismos, descubrimos aquello que nunca va a morir en nosotros.*" (76 y 77)

FUENTE: LELOUP, Jean Yves. *Caminhos de realização*. Vozes. Petrópolis. RJ.1996.

Camás (Sevilla) a 18 de marzo de 2017